

NARRAR AL DIOS QUE NOS SALVA

AURELIO FERRÁNDIZ GARCÍA
Roma

El alma de toda la catequesis y la pastoral consiste en ayudar a penetrar el profundo misterio de que Jesús es el único que salva. Éste es justamente el centro de irradiación del mensaje bíblico, el núcleo principal de la enseñanza de la Iglesia y de su vida. En una palabra, el tema de la salvación es el eje central del misterio cristiano, expresado sintéticamente en el símbolo de la fe: "Por nosotros los hombres y por nuestra salvación".

Así se comprende y justifica el interés que el tema de la salvación ha conseguido en los cristianos de nuestro tiempo, y se explica que este tema sea estudiado en el ámbito teológico-pastoral y catequético desde distintos puntos de vista. En primer lugar, interesa qué tipo de salvación proponer hoy, sobre todo si atendemos al profundo cambio cultural que vive el hombre de nuestro tiempo, un cambio que afecta seriamente a la fe. En segundo lugar, el centro de atención se desplaza a cómo anunciar esa salvación y qué lenguaje significativo utilizar para que "hable" al hombre de hoy.

Desde esta búsqueda, consideramos el lenguaje narrativo como una de las formas significativas de anunciar la salvación. Esto exige dar con un lenguaje adaptado y significativo en la catequesis y conocer la forma como fue proclamada esa salvación desde los comienzos: la narración. Así pues, con el uso del lenguaje narrativo estamos mostrando la evidente estructura narrativa de la fórmula misma de la fe; como se ha dicho: "El cristianismo es una comunidad de narración" ¹.

¹ H. Weinrich, "Teología narrativa": *Concilium* n° 85 (1973) 213.

En este trabajo nos proponemos situar el tema del lenguaje narrativo en el amplio contexto de la pastoral y la catequesis. Empezaremos estudiando el redescubrimiento de la narración que en los últimos años la teología y la catequesis han llevado a término, ponderando las motivaciones, así como el sentido pastoral de tal retorno. Trazaremos a continuación las grandes líneas de la narración en la tradición de la Iglesia, señalando algunos perfiles sobre la actividad narrativa de Jesús de Nazaret y de la primera comunidad cristiana. Seguidamente ofreceremos unas pinceladas de las cualidades del lenguaje narrativo en la evangelización y en la catequesis para presentar luego una breve y sintética descripción de la narración. Finalmente detendremos nuestra atención en las exigencias irrenunciables que conlleva el narrar la salvación.

I. REDESCUBRIR EL LENGUAJE NARRATIVO EN EL ÁMBITO TEOLÓGICO-CATEQUÉTICO

Todo comenzó cuando, en 1973, en las páginas de la revista *Concilium*, aparecieron dos breves pero programáticos artículos, escritos por el lingüista H. Weinrich², profesor en la Universidad de Bielefeld, y del teólogo J. B. Metz³, profesor de teología fundamental en la Universidad de Münster.

Estos dos ensayos tuvieron un amplio eco. De hecho, el proyecto de una teología narrativa fue desarrollado en el contexto de la teología política por J. B. Metz; en el de la cristología por E. Schillebeeckx; en el del Nuevo Testamento —con resultados sorprendentes—, por el exegeta G. Lohfink; en el de la catequética por H. Halbfas, y en el de la teología sacramentaria, por L. Boff.

La investigación teológica que estos significativos autores realizaron en el campo de la narrativa ha abierto un sendero a la indagación pastoral y catequética que ahora nos ocupa⁴.

² Cf. *ibid.* 210-221.

³ Cf. J. B. Metz, "Breve apología de la narración": *Concilium* n° 85 (1973) 222-238.

⁴ Se trataba de una "nueva" forma de abordar y transmitir los contenidos de la fe cristiana: "Desde el principio quedaba claro que no se trataba de un número más en la ya engrosada lista de 'teologías de...', que no era tampoco un ámbito sectorial definido

En la medida que la teología ha descubierto el lenguaje narrativo, ha ido constatando también que éste era utilizado por ella en sus comienzos, o sea, que el cristianismo desde sus orígenes cuenta con un "potencial narrativo" que, con el paso del tiempo, se ha ido reprimiendo y, como consecuencia, atrofiando.

La explicación de esta pérdida la encontramos en el acercamiento que el cristianismo, desde sus comienzos, hubo de establecer con el mundo greco-romano. La comunidad cristiana, en su tarea de evangelización, tuvo que dialogar y conectar con el mundo que la circundaba y con el lenguaje y la sensibilidad cultural prevalentes en aquel momento. Por ello, no sólo necesitó el lenguaje de la narración que la Biblia encerraba, sino que se vio obligada, so pena de no ser entendida, a precisar un vocabulario concreto, una reflexión filosófica. Tuvo que expresar en terminología "erudita" y "científica" los hechos de la salvación. Tuvo que recurrir a las categorías conceptuales que el interlocutor tenía y conocía⁵.

Era cuestión de fidelidad: ponerse en la sensibilidad cultural del hombre al cual va dirigido el mensaje. En el contexto helenístico, la sensibilidad predominante estaba preocupada y se veía acentuada por la comprensión de la verdad, por "quitar el velo" que cubre la realidad mediante la actividad de la inteligencia, y en esta misma onda, la felicidad plena y definitiva para el hombre consistía en contemplar la divinidad. De ese esfuerzo de la inteligencia por comprender la fe nació la teología, y el menester de la teología se caracterizó por el "razonar y discutir, argumentar y traer conclusiones lógicas"⁶. Pero pronto el "intellectus fidei" se desarrolló cada vez más en la dirección de una teología de conclusiones deductivas. Y así, con el paso del tiempo, se fue alcanzando la convicción de que el misterio de Dios se puede comprender y expresar de manera completa y exacta. La inteligencia elaboraba sus fórmulas con el máximo

por una temática determinada, sino un enfoque, una perspectiva metodológica, una orientación que se postulaba válida para toda teología en su intento de recuperar y hacer operantes elementos que, en realidad, habían estado desde siempre presentes en las más genuinas formas de configuración del mensaje cristiano" (J. J. Alemany / X. Quinzá, "Aportaciones a una teoría del texto a la teología narrativa": *Estudios Eclesiásticos* 57 [1982] 199).

⁵ Cf. A. Ginel Vielva, "Narratividad y testimonio en la catequesis": *Teología y Catequesis* n° 4 (1983) 499-510; C. Díaz Marcos, "Teología narrativa: ¿por qué 'narrar' al hacer teología?": *Sal Terrae* 75 (1987) 48.

⁶ H. Weinrich, *a. c.*, 215.

cuidado y rigor, hasta el punto de llegar a creer que era posible "disponer" de la misma realidad divina. La realidad misteriosa e inefable de Dios era manejada a placer en manos de los eruditos⁷.

Este proceso ha conducido a la teología a una situación con claro predominio de lo especulativo y a un trato desdeñoso de la narración, pues ésta —como el escuchar de historias— es considerada como ocupación ajena a lo científico, en práctica marginación y descrédito teórico. En suma, la teología narrativa es considerada como teología rebajada. A esto hay que añadir la invasión actual de lo "técnico" y de lo "científico", el proceso de secularización, los imperativos de la desmitologización, un espacio excesivo concedido a la exégesis histórico-crítica... Todo ello ha postergado inevitablemente la narración al olvido⁸.

Pero la narración vuelve ahora a los honores de la crónica y se le va reconociendo oficialmente un puesto de primer plano. A pesar del claro predominio actual del número y de la técnica, del afán del hombre moderno por apoderarse con prisa del universo tecnologizado y cargado de racionalidad, constatamos que "muchos movimientos, también eclesiales, están recuperando el gusto por la narración. Se cuentan sus experiencias, se narran sus historias de conversión, se repiten los relatos bíblicos"⁹.

Debemos buscar las motivaciones últimas de este feliz retorno. Sólo así podremos responder correctamente a una pregunta que no consideramos puramente retórica: "¿Estamos ante una peligrosa regresión o se está redescubriendo algo que en el cristianismo había sido demasiado reprimido?"¹⁰

⁷ Cf. R. Tonelli / L. A. Gallo / M. Pollo, *Narrare per aiutare a vivere* (Leumann-Torino, Elle Di Ci, 1992) 25-27. De todo el material que hemos encontrado y manejado en el momento de elaborar este artículo, destacamos esta obra como la que mejor estudia la narración desde la perspectiva de la evangelización y la catequesis, sugiriendo de forma convincente el retorno a una evangelización "narrativa". Este libro ha inspirado la articulación y el contenido de nuestro trabajo. En la lectura recogida y meditada de cada una de sus páginas hemos recibido la propuesta "discutible" de un modo correcto y fascinante de hacer resonar la palabra de Jesús todavía como "buena noticia".

⁸ "Ya casi nada de lo que sucede favorece a la narración y casi todo en cambio a la información" (W. Benjamin, "El narrador": *Revista de Occidente* n° 43 [1973] 308).

⁹ R. Tonelli, "Come nel 'catechismo dei giovani' evangelizzare Gesù Cristo, 'narrando' una storia interpellante": *Note di Pastorale Giovanile* 14 (1980) 4.

¹⁰ *Ibid.*, 5.

1. *Motivaciones de tal retorno*

a) Necesidad de la narración para expresar la totalidad de la experiencia humana.

Por paradójico y extraño que pueda parecer, el retorno es casi una reacción frente al dominio del número y del objeto. Y en tal reacción el hombre va a la búsqueda de sus propias raíces, reconoce el misterio profundo de su propio ser.

Es ahora cuando nos hemos percatado de que todo lo que el hombre es, y puede llegar a ser, no es posible conocerlo ni comunicarlo a través del modelo de la comunicación científica y racional. Una vez que se ha visto el talón de Aquiles, la limitación e impotencia de este sistema, se comienza a escuchar cada vez con más seguridad y aplomo "que allí donde no se puede teorizar, se debe narrar"¹¹.

Efectivamente, sabemos que en la vida hay experiencias humanas muy difíciles de expresar en el plano lingüístico; a veces resulta imposible expresarlas por medio de palabras o frases. La explicación es muy sencilla: se trata de experiencias que adentran sus raíces en el inconsciente: son vividas por la persona en un nivel que es previo a toda conceptualización, son experiencias pre-conceptuales y, por tanto, no accesibles al razonamiento puramente conceptual. Entonces recurrimos, por necesidad natural, a la expresión simbólica¹².

Las posibilidades que ofrece el símbolo se caracterizan en dos dimensiones; una cognoscitiva: por el símbolo el hombre ahonda sus raíces en la naturaleza arcaica y profunda (el inconsciente individual y colectivo, la memoria de las raíces bio-psicológicas del individuo); además, se abre a una dimensión relacional del hombre consigo mismo, con los otros, con

¹¹ M. Pollo, "Un progetto di animazione culturale per superare la crisi del linguaggio giovanile": *Note di Pastorale Giovanile* 15 (1981) 24.

¹² Cf. J. M. Castillo, *Símbolos de libertad. Teología de los sacramentos* (Salamanca, Sígueme, 1985) 172; C. G. Jung ha formulado este planteamiento con toda claridad: "Como hay innumerables cosas más allá del entendimiento humano, usamos constantemente términos simbólicos para representar conceptos que no podemos definir o comprender del todo. Esta es una de las razones por las cuales todas las religiones emplean lenguaje simbólico o imágenes" (C. G. Jung, "Introduzione all'inconscio", en J. Freeman (ed.), *L'uomo e i suoi simboli* [Milano 1980] 6). Puede encontrarse una exposición más extensa de todo este tema en A. Huertas, "La persona humana: un ser simbólico": *Teología y Catequesis* n° 57 (1996) 13-22.

la naturaleza y con Dios. En estas dos dimensiones el hombre recupera el sentido profundo de la vida.

Esta función del símbolo es la que reclama la literatura contemporánea con su vuelta a la narración. Una buena razón de esto la da Umberto Eco cuando escribe en la presentación de su novela: "Si he escrito una novela es porque he descubierto, en edad madura, que de aquello de lo cual no se puede teorizar, se debe narrar" ¹³.

Es de notar que este contacto con la realidad que nos procura la narración, sobre todo con la realidad personal — feliz o infeliz, presente o pasada — que emerge al narrar nuestras historias, es imprescindible para la salud mental. En la narración el hombre percibe lo que ha sido, es y puede llegar a ser.

b) Recuperación de una dimensión teológica olvidada: el carácter narrativo del anuncio evangélico.

El retorno a la narración no es asunto de moda, ni de preocupación estético-literaria, ni siquiera requisito para un expediente pedagógico, sino que la motivación más profunda de este retorno la encontramos en una fidelidad "a las experiencias 'propias y originales' de la fe" ¹⁴.

Si la teología advierte hoy el deber de tomar conciencia de estos fenómenos y de participar activamente no es sólo por una exigencia de sintonía cultural, que se considera "como ley de toda evangelización" ¹⁵, sino porque ello toca a su estructura fundamental: "La teología narrativa no se presenta sólo como respuesta al malestar y a las actuales dificultades de la reflexión crítica sobre la fe, sino también como recuperación de una dimensión teológica olvidada y casi perdida [...]; la teología debe profundizar el conocimiento y difundir la conciencia del carácter narrativo del anuncio evangélico" ¹⁶.

A decir verdad, desde los discursos de los profetas del Antiguo Testamento hasta el anuncio de la resurrección del Jesús crucificado "la teolo-

¹³ U. Eco, *El nombre de la rosa* (Barcelona, Lumen, 1983).

¹⁴ J. B. Metz, *a. c.*, 223.

¹⁵ GS 44.

¹⁶ C. Molari, "Natura e ragioni di una teologia narrativa", en B. Wacker, *Teologia narrativa* (Brescia, Queriniana, 1981) 7.

gía tiene que habérselas con unas experiencias originales cuya articulación lingüística presenta claros signos de una estructura narrativa" ¹⁷.

c) Necesidad del lenguaje narrativo para expresar la fe.

En la medida en que nos adentramos en el estudio, lo constatamos con más convicción: la narración es vía para la comunicación de la fe; y esto —lo repetimos una vez más— no por gusto estético o requisito pedagógico, sino por la sencilla razón de que Jesús en persona nos ha hecho comprender que la mejor manera de hablar de los misterios de Dios en su conjunto es hacerlo con relatos plenos de imágenes: "El Reino de Dios es como..."

En estos últimos años han aparecido muchos los trabajos que estudian el lenguaje de la fe, y dentro de esta investigación se comparte de forma pacífica el carácter necesariamente simbólico-metafórico de todo discurso religioso.

Debemos a P. Ricoeur el haber puesto de relieve la condición fundamental del discurso sobre Dios: de Dios se puede hablar sólo mediante metáfora ¹⁸. La metáfora es vista como un proceso semántico en el que se crea innovación de sentido, y no ya como mero adorno estilístico. La función de la metáfora es, por esto, subversiva, es decir, se pone en el interior del discurso para desmontar el sentido obvio y descontado de sus frases hasta hacer nacer otro, fruto de una intención creadora: insospechado, nuevo, sorprendente. En la misma terminología de la palabra (*metaferein* = trans-gredir), se abandona el sentido usual de la palabra utilizada en el discurso para ir hacia un sentido nuevo e inesperado. Se deshace un orden para crear otro. En este sentido dice Ricoeur que el lenguaje religioso de la Biblia es un lenguaje simbólico que "da que pensar".

La única forma de hablar adecuadamente de la realidad "del más allá" por excelencia, del Inefable, que es Dios, es la forma metafórica. De él no se puede hablar más que poéticamente, metafóricamente, y la razón está en la asimetría que hay entre Misterio y mundo: Dios es siempre

¹⁷ J. B. Metz, *a. c.*, 224. En este contexto se ha escrito "que el cristianismo no es primariamente una comunidad de argumentación e interpretación, sino una comunidad de narración, y que el intercambio de la experiencia de la fe, así como de toda nueva experiencia original, no adopta la figura de un argumento, sino la de una narración" (*ibíd.*, 228).

¹⁸ Cf. P. Ricoeur, *La metáfora viva* (Madrid, Europa, 1980) 154-168.

Dios y, por esto, es siempre infinitamente más grande que el mundo. Descubrir esto es convencerse de la necesidad y conveniencia de un discurso más "modesto" sobre Dios, ya que "nuestras palabras [...], incluso las más inteligentes, no bastan y no bastarán jamás para decirlo adecuadamente" ¹⁹.

2. Sentido pastoral de la narración: evangelizar narrando

La narración no es sólo cuestión de palabras. Afrontar el tema de la narración en la pastoral es buscar un modelo comunicativo correcto para evangelizar, asegurando que el discurso sea sensato pero también eficaz, ofreciendo así la posibilidad de hacer resonar las palabras de Jesús todavía como "buena noticia" en las concretas situaciones del hombre de hoy.

Se caería en un grave error al reducir el problema de la comunicación en la evangelización a mera cuestión de términos apropiados o más fácilmente comprensibles: "No es sólo cuestión de revestimiento verbal y lingüístico ('como las niñas visten y desvisten a sus muñecas')" ²⁰, sino que es necesario ir a las exigencias más profundas del acto mismo de la evangelización para llegar así a descubrir la irrenunciable aportación de la narración en la evangelización.

a) La narración, comunicación sensata.

Aunque no es sólo cuestión de palabras, no vamos a pasar por alto una exigencia irrenunciable de toda auténtica evangelización: el mensaje de salvación tiene que ser interlocutor interesado en las situaciones y tendencias propias de la humanidad de ese momento, hacerse comprender por los hombres que viven y por la cultura que existe. Es, en definitiva, la adaptación del lenguaje del mensaje salvífico al hombre al cual va dirigido. Así, el Vaticano II ha señalado la urgencia de resolver este problema

¹⁹ R. Tonelli / L. A. Gallo / M. Pollo, *o. c.*, 35-36. Podemos establecer una primera regla fundamental en lo que respecta al lenguaje del teísmo cristiano, y ésta se formula así: "El lenguaje sobre Dios no debe olvidar que su referente es siempre el Dios inefable" (F. A. Pastor, "La lógica de lo inefable. Una teoría teológica del lenguaje sobre Dios": *Estudios Eclesiásticos* 58 [1983] 43).

²⁰ E. Schillebeeckx, "La crisis del lenguaje religioso como problema hermenéutico": *Concilium* n° 85 (1973) 194.

y ha encontrado en la tradición constante de la Iglesia una clara indicación²¹.

La voz del Concilio fue recogida más tarde en el primer gran documento sobre la catequesis contemporánea, el Directorio Catequístico General de la Sagrada Congregación para el Clero. Allí se habla directamente de las dificultades de un lenguaje religioso "demasiado sujeto a fórmulas antiguas y caídas en desuso o demasiado ligado a la cultura occidental"²². Se busca un lenguaje "en armonía con la actual situación humana y que permita a la fe derramar su luz sobre las realidades que hoy apremian a los hombres"²³.

Es en esta búsqueda y en esta preocupación donde se sitúa la narración en el ámbito de la catequesis y la pastoral. En efecto, en la narración prevalece por propia naturaleza un mensaje sensato, esto es, con sentido y significado, ya que la palabra que se utiliza es la misma experiencia hecha mensaje, es un trozo de vida que está sonando en la narración, y a este lenguaje narrativo tienen acceso todos los que viven la vida, no sólo unos pocos entendidos y eruditos.

En esa preocupación lingüística la catequesis, en palabras de S. Lanza, se encuentra "en la misma situación que Moisés: llamado a un deber de vital importancia e incapaz de expresarse eficazmente al respecto. Está también ella en busca de Aarón, que puede traducir significativamente su lenguaje (cf. Ex 4,10-16)"²⁴. Gracias al esfuerzo de hacerse significativa para el hombre llegará a ser su mensaje sensato —es decir, con sentido— para el hombre al cual se dirige. En esta labor, la aportación de la narrativa es de gran valor.

b) La narración, comunicación eficaz.

En la evangelización y en la catequesis es necesario que sean significativas no sólo las palabras que se utilizan (contenido), sino también el mismo proceso comunicativo (narración) que hace significativos los contenidos. No es sólo problema de "inteligibilidad", sino también de modelos de comunicación sabia y eficaz.

²¹ Cf. GS 44.

²² DCG 8.

²³ *Ibíd.*

²⁴ S. Lanza, *La narrazione in catechesi* (Roma, Paoline, 1985) 13.

Esta será la tesis que mantendremos en este apartado: la narración es un modelo comunicativo eficaz porque es capaz de crear la interacción positiva necesaria en el acto comunicativo de la evangelización²⁵.

Por las ciencias de la comunicación sabemos de la importancia que corresponde a la interacción en todo proceso comunicativo. La comunicación no es un trasvase de información entre dos interlocutores, sino un encuentro de dos subjetividades. En toda auténtica comunicación siempre hay una invitación a entrar en el propio mundo interior, y la importancia de este elemento relacional nacido de la comunicación es la que mediatiza y clasifica el mismo contenido de la comunicación. Podríamos decir que la relación interpreta el mismo contenido, y a esta relación la llamamos "metacomunicación": comunicación sobre la comunicación²⁶. Ésta es capaz de crear una interacción positiva entre las personas, indicando así el modo en que debe ser decodificado el mismo contenido. Este proceso favorece una comunicación verdadera, acercando el propio mundo interior al del otro y explicando el uso subjetivo de los significados hacia el del propio interlocutor. La "metacomunicación", pues, precede a la misma comunicación y puede condicionar el acto comunicativo. El amor y el compartir ideales son cosas que permiten crear una interacción positiva, necesaria para una comunicación interpersonal eficaz y auténtica.

Pues bien, en este contexto proponemos la narración como una forma especial de interacción, capaz de producir auténtica relación interactiva entre los interlocutores, al cumplir con las siguientes condiciones:

— La narración como hospitalidad: quien narra, invita al que escucha a entrar en su mundo y se declara dispuesto a entrar también en el mundo interno de los que lo escuchan: acoge en su mundo y se hace acoger en el de los interlocutores. Esta hospitalidad y acogida de los interlocutores "interpreta" los contenidos que circulan en la comunicación, los hace significativos y verdaderos.

²⁵ Cf. R. Tonelli / L. A. Gallo / M. Pollo, *o. c.*, 149-163. En lo que ahora proponemos nos sentimos deudores de la investigación realizada en este campo por estos autores. Ellos son conscientes de la limitación de su propuesta: "No queremos construir una conclusión única e irreformable. Buscamos (un modelo de comunicación) correcto, significativo, viable, aunque provisional y discutible" (*ibíd.*, 144).

²⁶ O como dice otro autor: "El mensaje va acompañado de instrucciones para la decodificación del mensaje mismo (metacomunicación)" (F. Lever, "Comunicación", en J. Gevaert [ed.], *Diccionario de catequética* [Madrid, CCS, 1987] 203).

— La narración como invitación a la decisión: la narración entra en el mundo interior de quien escucha, y es capaz de poner en crisis hasta que se llega a tomar una decisión de vida. La historia narrada llama al interlocutor con la misma intensidad con la que se siente implicado el narrador, y el que escucha se siente "invitado" en la narración.

— La narración como fuente de estupor: la narración sabe desencadenar ese clima de estupor que es condición fundamental para aceptar el poner en discusión el propio mundo interior.

c) Narración, comunicación para la vida.

Una tercera razón del sentido pastoral de la narración, la encontramos en la misma situación por la que atraviesa hoy la evangelización. A causa de la crisis socio-cultural que está sufriendo la sociedad actual, la vida de fe queda relegada a la insignificancia, en un territorio aislado a los márgenes de la vida cotidiana o en un limbo artificial del espíritu. Es, en definitiva, el trágico divorcio entre cultura y fe²⁷. Reto, por tanto, de toda auténtica evangelización es integrar fe y vida, ser portadores de un mensaje que afecta a la vida entera, a todas las esferas y dimensiones de la vida, como son la afectiva, la familiar, la laboral, la lúdica. Nosotros creemos que en la narración y por la narración encuentra la evangelización el medio más potente y eficaz para fundir en un abrazo fe y vida.

La causa de la separación, desde el tema que nos ocupa, es claramente advertida en la distancia entre el lenguaje de la fe y la realidad de la vida. Esta separación ha afectado a todos los lenguajes de la enseñanza en general y al de la fe en particular.

Tales lagunas entre lenguaje de la fe y vida se pueden superar sólo reconduciendo el lenguaje de la fe al ámbito de la experiencia. La fe es expresión de una experiencia y nace de la experiencia, la fe no cambia el lenguaje por la experiencia, sino que habla por la fuerza de la experiencia y hunde sus raíces en la vida real²⁸. Es el principio de encarnación el

²⁷ Así lo expresó el Concilio Vaticano II: "El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época" (GS 43).

²⁸ "El narrador toma lo que narra de la experiencia, de la propia o de la que le han relatado. Y a su vez la convierte en experiencia de los que escuchan su historia" (W. Benjamin, *a. c.*, 306).

que pide la simbiosis fe y vida: la Palabra pide insertarse constantemente dentro de nuestras palabras y en nuestra vida.

La finalidad de la narración es entrar en la vida, insertar en la vida y hablar con la vida, no separar. Y no en una vida carente de cualidad, sino grávida de sentido y esperanza, como dice M. Buber: "La enseñanza hasídica, en primer lugar, orienta al hombre a una vida de fervor y alegría"²⁹. Aceptar la vida en la fe, tal y como ella se nos presenta y nos ha sido regalada, es función de la narración. En la narración hebrea quedaron rotas las barreras de lo sacro y lo profano: "Removió prácticamente la barrera entre lo sacro y lo profano, enseñando a dar un significado sagrado al cumplimiento de cada acción profana"³⁰. Ésta puede ser hoy también la labor de la evangelización por medio de la narración: llegar a descubrir el misterio que nuestra vida cotidiana lleva dentro. Sirviéndonos de la expresión de Teilhard de Chardin, por la narración "educaremos los ojos" para ver a Dios por todas partes, para encontrarlo en los recovecos de nuestra vida.

II. LA NARRACIÓN EN LA TRADICIÓN DE LA IGLESIA

Aunque, en algunos momentos de la tradición eclesial, la práctica narrativa ha sido tratada con ligero desdén y abandono, no por ello se puede decir que haya desaparecido totalmente. El uso de la narración ha estado presente en la secular tradición de la Iglesia, comenzando desde un uso abundante en el Nuevo Testamento por Jesús de Nazaret y pasando por la comunidad cristiana hasta ser elaborada en la catequesis antigua.

1. Jesús, "narrador de Dios"

Toda la historia de Jesús es una revelación y narración de Dios:

Jesús de Nazaret era un narrador. Hablaba en imágenes, pero las historias que contaba hundían sus raíces en la vida de la gente que le rodeaba. No hablaba de religión; hablaba de la vida, pero llevaba a quienes le escuchaban a verla de una manera nueva y sorprendente. Les ayudaba a descubrir cómo las cosas de la vida hablan si se las quiere escuchar y cómo están

²⁹ M. Buber, *I racconti di Chassidim* (Milano, Garzanti, 1945) 12.

³⁰ *Ibid.*

llenas de imágenes si se las quiere ver. Abría al mismo tiempo ojos y oídos: "¿Ves ya algo?", "¿Sientes ya algo?" Abría la existencia, como se abre una flor. Decía: Quién me ve, ve al Padre..."³¹

Jesús de Nazaret es la revelación plena y definitiva del Padre, desvela el verdadero rostro de Dios. Esta revelación fue precedida por otras (cf. Heb 1,1) hasta llegar a Jesús, que es el "Logos" o "Palabra" de Dios (Jn 1,1), "la revelación por excelencia del Invisible"³².

Pero quien confiesa a Jesucristo como el revelador de Dios por excelencia dice también, equivalentemente, que él y sólo él es, en última instancia, el que desvela el verdadero rostro de la realidad última y misteriosa que llamamos Dios. Su inefable misterio se ha hecho comprensible y experimentable, porque ha tomado el rostro y la palabra de Jesús de Nazaret. Jesús fue el gran símbolo de Dios de forma histórica y creativa. Jesús, símbolo del Padre, fue "el maestro de los signos"³³.

Jesús en su persona, con su doctrina y con su vida, anuncia al hombre todo cuanto Dios quiere ser para el hombre: un Dios cercano que es realmente amor y gracia. Y no sólo habla de Dios con palabras, sino también con hechos. Como se dice en los Hechos de los Apóstoles, Jesús "hizo y enseñó" (1,1). Él realizó los signos concretos del Reino de Dios que anunciaba, y aquellos signos revelaban el Dios del Reino. Haciendo caminar a los cojos y devolviendo la vista a los ciegos, haciendo hablar a los mudos y oír a los sordos, sembrando palabras de esperanza para los pobres y vistiéndolos con un traje de alta alcurnia: el traje de su dignidad restituida. Así pues, queda claro que en el mensaje de Jesús, hechos y palabras se complementan.

a) El *qué* de la narración: la salvación del Reino.

El Dios que Jesús narra en sus gestos y palabras es el Dios del Reino. El Dios que ofrece la salvación a todos los hombres como perdón de los pecadores y plenitud de vida.

³¹ N. Janssens, "Raccontare una storia? La nostra storia?", en G. Cravotta (ed.), *Catechesi narrativa* (Napoli 1985) 140.

³² L. A. Gallo, "Una proposta di contenuti: la storia di Gesù come storia interpellante e salvifica": *Note di Pastorale Giovanile* 15 (1983) 42.

³³ Cf. J. P. Manigne, *Le maître des signes* (Paris, Cerf, 1987); B. Brandon Scott, *Jesus, Symbol-Maker for the Kingdom* (Philadelphia, Fortress Press, 1981).

Jesús, cuando quería dar un nombre a su causa y a su pasión por el hombre, empleaba la expresión "Reino de Dios". Decía así: "El tiempo se ha cumplido, ha llegado el reino de Dios. Convertíos y creed en el evangelio" (Mc 1,15). Es éste un sumario del evangelista, el centro del mensaje de Jesús, y su originalidad no está sólo en haber colocado en el centro el concepto de Reino de Dios, "sino en haberlo convertido en concepto salvífico central"³⁴.

El Reino que Jesús instaura de parte de su Padre Dios es liberación y salvación para los que lo aceptan en su propia vida; a éstos se les pide sólo una condición de fe como abierta decisión en favor del Reino de Dios: es el tesoro o la perla escondida; hay que arriesgarlo todo por él.

Jesús nunca pronunció un discurso sobre el Reino, ni explicó en qué consiste ni las ventajas que ofrece; sino que, sencillamente, con sus gestos y palabras, lo hizo presente. Su lenguaje narrativo no hizo más que anticipar parcialmente el Reino proclamado: sus acciones de exorcismo, con las que liberaba a los hombres de aquellas fuerzas que les impedían ser hombres y los privaban de vida, de la opresión de la enfermedad, de los pecados, de la muerte y, sobre todo, el compromiso de vida en común con aquellos por quienes siente especial predilección y ternura: los más pequeños, débiles, marginados y hasta despreciados por la sociedad de su tiempo.

De aquí se deriva que el Reino de Dios y la salvación del Reino que Jesús narra equivalen a la plenitud de vida de los hombres (cf. Jn 10,10), que quiere decir no sólo perdón de los pecados, sino también curación de los cuerpos, constituyendo así el Reino una realidad eminentemente teocéntrica, al mismo tiempo que eminentemente antropocéntrica. La salvación del Reino de Dios es la salvación total del hombre en cuerpo y alma. No quedándose en una realidad puramente individual, sino abarcando también la vida social del hombre.

La expresión culmen de la victoria y salvación del Reino que Jesús propone y narra es su propia resurrección. Ésta es la obra máxima de vivificación realizada por Dios; es la victoria de la vida sobre la muerte. Y en la resurrección de Jesús somos invitados todos a participar de la salvación del Reino³⁵.

³⁴ W. Kasper, *Jesús, el Cristo* (Salamanca, Sígueme, 1984) 102.

³⁵ Cf. L. A. Gallo, *El Dios de Jesús. Un Dios a favor del hombre y en busca del hombre* (Madrid, CCS, 1992) 41-46.

b) El cómo de la narración.

Visto el *qué* de la narración de Jesús —la salvación del Reino de Dios—, pasamos a ver otro aspecto no menos importante como es la modalidad que empleó el mismo Jesús para hablar de la salvación: fue ésta una forma narrativa³⁶. Su lenguaje narrativo sobre Dios tiene tres rasgos que podemos evidenciar: hablar mediante parábolas, respondiendo a la esperanza de las gentes, produciendo vida y esperanza³⁷.

Jesús habla, ante todo, de modo metafórico y narrativo: fue metafórico su modo de llamar a Dios con el nombre de *Padre*, el sustituir el nombre de *Yahvé* por una palabra tan osada, chocante e increíble para la teología y la opinión pública de Israel, como es *Abbá* (papá).

Son también metafóricas las parábolas mediante las cuales Jesús habla del Reino. El elabora las narraciones mediante un procedimiento metafórico: desmonta el camino obvio de una "trama" para hacerlo terminar en un final imprevisible e inesperado. Ejemplo de ello es la parábola de los obreros llamados a última hora a trabajar en la viña, que reciben la misma paga que los llamados a primera hora (cf. Mt 20,1-16); o también la del padre que acoge a su hijo después de haberle éste abandonado (cf. Lc 15,11-32).

Jesús habla, en segundo lugar, respondiendo a la esperanzas profundas de la gente: la narración de Jesús no provoca disonancia, sino que está en sintonía con las legítimas y más íntimas esperanzas de la gente a la que va dirigida su narración. Su mismo mensaje no fue una proclamación de verdades frías y abstractas que hay que saber y conocer, sino una alegre noticia, fascinante y comprometida, que se enraíza en las expectativas de quienes esperan todo de Dios. Por ello podemos afirmar que Jesús es la respuesta salvadora y definitiva de Dios a la pregunta eterna e inquietante

³⁶ "Jesús no plantea una teoría del Reino que después visibiliza con historietas, sino que dice 'con el Reino de los cielos sucede como con... (una red, una mujer, un rey...)' e intenta que los oyentes perciban el fondo de su pensamiento a través de la semejanza estructural sugerida por la parábola" (J. J. Alemany, "Narrar la fe": *Razón y Fe* 205 [1982] 602).

³⁷ Cf. R. Tonelli / L. A. Gallo / M. Pollo, *o. c.*, 51-54. En este mismo terreno resulta sugerente y orientadora la obra de E. Jünger, *Dios como misterio del mundo* (Salamanca, Sígueme, 1984), especialmente el apartado: "El evangelio, como habla análoga de Dios", 362-384.

del hombre. En sus palabras y en su vida reveló, pues, el misterio santo de Dios como respuesta al misterio santo del hombre.

Jesús habla, en fin, produciendo alegría y esperanza. Por la forma de hablar de Dios que empleó Jesús, por lo que dijo y cómo lo dijo, su mensaje fue un verdadero "evangelio", una buena y alegre noticia para los hombres: los pobres, los hambrientos, la gente de corazón transparente, los constructores de la paz, los disponibles, pueden considerarse felices (cf. Mt 5,1-12). Su mensaje es portador de felicidad, capaz de suscitar alegría y fascinación: un amor inmenso habita en el mundo de los hombres, el amor del Padre.

La reacción de la gente, sobre todo la más sencilla, ante las palabras y gestos de Jesús era una prueba de que quedaban llenos de alegría y entusiasmo (cf. Mc 5,20; 1,28; Mt 9,39).

2. Jesús, "narrador narrado". Comunidad narrante a la luz de la Pascua

Jesús de Nazaret se nos presenta principalmente como persona narrada, pero con mayor frecuencia todavía como narrador narrado, mientras que los discípulos aparecen como oyentes de narraciones, que a su vez repiten y continúan narrando oralmente, o por escrito, los relatos escuchados [...]. El cristianismo es una comunidad de narración³⁸.

La Iglesia es comunidad que vive y crece en este flujo narrativo continuo: los que la forman escuchan los relatos salvíficos de la historia del amor de Dios con su pueblo, los interpretan, los hacen vida de nuevo y, al comunicarlos, los avalan con su experiencia y testimonio³⁹.

La predicación que la primera comunidad hizo de Jesús no fue una mera crónica de los hechos acontecidos, sino un testimonio iluminado por la fe pascual y animado por el Espíritu del Resucitado. La narración de la primera comunidad no fue un feliz y acertado recuerdo, sino que los apóstoles, habiendo recibido en el acontecimiento y a través del acontecimiento Pascual una señal decisiva, pudieron hacer una relectura del pasado y obtener una nueva comprensión de su vida junto al Maestro.

³⁸ H. Weinrich, *a. c.*, 212-213.

³⁹ Cf. L. Della Torre, "Per una catechesi narrativa": *Via, Verità e Vita* 27 (1978) 49.

Como dice el evangelio, en el impacto de la Pascua "se les abrieron los ojos" (Lc 24,31).

Es el Espíritu Santo el que obra en los apóstoles el recuerdo de la experiencia prepascual a la luz de la Pascua; es el Espíritu el que hace de tal narración "memoria" actualizante del evento para cualquiera que escuche y crea.

La primera comunidad cristiana no transmite sino lo que ella había vivido: la experiencia salvífica y apasionante que habían tenido con Jesús de Nazaret.

3. *La narratio en la catequesis antigua*

Tratar, aunque sea muy brevemente, sobre la *narratio* en la catequesis antigua requiere centrarse sobre todo en san Agustín, en su famoso *De catechizandis rudibus*⁴⁰, escrito para el diácono Deogracias, sobre el modo de impartir la catequesis a los principiantes. En él Agustín habla de la *narratio* en la catequesis.

En cuanto al qué narrar, dice Agustín que la narración es completa cuando va del versículo "Al principio creó Dios los cielos y la tierra" hasta "el período actual de la historia de la Iglesia"⁴¹. Frente a un programa de tal vastedad, Deogracias se asusta, y Agustín trata de tranquilizarlo indicándole que no se trata de recitar de memoria los libros históricos de la Biblia, sino de "compendiar de forma resumida y general todas las cosas, de forma que escojamos los hechos más admirables (*mirabilia*), que se escuchan con más agrado y que constituyen los pasajes mismos del relato [...]. Debemos exponerlos y desentrañarlos y ofrecerlos a la admiración de los oyentes para que los examinen y contemplen con atención"⁴².

Esta manera de entender la historia de la salvación está presidida por un principio fundamental: el Antiguo Testamento es el velo del Nuevo, y en el Nuevo está la manifestación del Antiguo.

⁴⁰ S. Agustín, *De catechizandis rudibus. Liber unus*. Versión bilingüe, introducción y notas de J. Oroz Reta, en San Agustín, *Obras completas*, vol. XXXIX (Madrid, BAC, 1988).

⁴¹ San Agustín, *De catechizandis*, 5.

⁴² *Ibid.*

En cuanto al modo de narrar, no se trataba de una simple exposición del relato bíblico, sino de una proclamación de la potencia victoriosa de Dios, que salva a su pueblo; potencia que, todavía presente, actúa en la Iglesia. Agustín podía decir que la narración debe llegar hasta la actual historia de la Iglesia.

Consecuentemente, narrar un acontecimiento de salvación significaba, en la catequesis eclesial antigua, proponer la salvación de Dios que se hace historia en la vida del mismo que escucha. Por lo que "escuchar con fe" se convertía en "obedecer a la fe"⁴³.

Los principios sobre los cuales se basaba esta narración catequística eran la fidelidad de Dios y la analogía de situación, por la cual las situaciones fundamentales de la existencia humana, individuo o colectividad, son sustancialmente las mismas. La habilidad del narrador consistiría entonces en acentuar aquellas analogías que conducen al que escucha la historia narrada a leerlas como una interpretación de su historia personal.

III. CUALIDADES DEL LENGUAJE NARRATIVO EN LA CATEQUESIS

Reclamar el lenguaje narrativo en la catequesis y en la pastoral supone haber descubierto las poderosas cualidades de este lenguaje. De todas ellas, que a continuación pasaremos a analizar, destacamos una que, a nuestro juicio, engloba y comprende todas las demás. Es su eficacia sacramental. Lo sabe muy bien M. Buber cuando escribe: "La narración es más que un espejismo: la esencia sagrada que en ella se atestigua sigue viviendo en ella. Los milagros que se narran recobran su fuerza poderosa. La fuerza que en otro tiempo actuaba se transmite a la palabra viviente y actúa todavía después de generaciones"⁴⁴.

La gran mayoría de los autores que estudian el tema de la narración hacen referencia a un simpático relato de M. Buber que resulta programático de cuanto queremos decir sobre la eficacia de la narración.

⁴³ Narrar la historia de salvación es narrar una historia de amor por la cual el que escucha crece en fe y amor: "Explica cuanto expliques de modo que la persona a la que diriges, al escucharte crea, creyendo espere y esperando ame" (*ibíd.*).

⁴⁴ M. Buber, *o. c.*, 3.

En cierta ocasión se pidió a un rabí, cuyo abuelo había sido alumno de Baalshem, que contase una historia. "Una historia —respondió él— habrá de ser relatada de tal modo que preste algún remedio". Y refirió lo siguiente: "Mi abuelo estaba paralítico. Una vez se le pidió que relatase una historia de su maestro. Entonces contó cómo el santo Baalshem solía saltar y danzar durante la oración. Mi abuelo se puso en pie y continuó con su relato. Pero éste le arrebató de tal manera que se vio obligado a mostrar, saltando, danzando, cómo lo había hecho su maestro. Desde aquella hora se encontró curado. Así es como hay que contar las historias"⁴⁵.

Como se ve, la eficacia de la narración consiste en que lo narrado adquiere nueva vida en el momento en que es narrado. Hace vivir "hoy" aquello de lo cual se hace memoria. El narrar implica hoy tanto a quien narra como a quien escucha. Y es esta misma eficacia la que hace a la narración connatural con el mensaje cristiano y con el modo de transmitir este mensaje⁴⁶. Esta eficacia sacramental de la narración la vamos a concretar en los siguientes rasgos.

1. *Capacidad evocativa*

"El lenguaje de la religión y del sacramento casi nunca es descriptivo; es principalmente evocativo"⁴⁷.

La narración, como modelo comunicativo en la evangelización, tiene una característica lingüística que llamamos "evocación". Esta capacidad evocativa hace referencia al contenido "escondido" que el autor y el narrador han puesto en la narración, pero el destinatario lo construye, sin apenas darse cuenta, como parte de su propia experiencia y vivencia. Por la evocación, en la medida en que el destinatario escucha la narración, está escuchando su propia vida, su propia experiencia; él ha dado voz propia al relato.

⁴⁵ *Ibíd.*

⁴⁶ Lo subrayamos con fuerza porque, en definitiva, la eficacia de la narración es "la característica que debe poseer una narración para convertirse en evento de salvación, en momento de evangelización, sin trivializarse en vacía fabulación y sin hacer del relato un simple "ejemplo" que sirve sólo para conquistar la atención, para poder después volver a los razonamientos abstractos" (R. Tonelli, *a. c.*, 5).

⁴⁷ L. Boff, *Los sacramentos de la vida* (Santander, Sal Terrae, 1977) 15.

Y por esa misma capacidad de evocar, la narración no impone orientaciones, sino que su contenido está escondido, y no es descifrado de modo explícito, sino que el que escucha percibe de modo intuitivo que hay algo que le toca directamente, que le afecta, que le llama con voz cautivadora, y que a su vez es una llamada a la responsabilidad, a la decisión. Como dice C. Bissoli, "evocar para llamar a la responsabilidad mientras se informa" ⁴⁸.

La narración, en este punto, se distancia de la argumentación, cuya fuerza reside en la claridad, evitando a toda costa la ambigüedad y la improvisación de significados. Por el contrario, la fuerza de la narración está en la ambigüedad y oscuridad; ella renuncia a toda forma impositiva, y así se evitan explicaciones, interpretaciones y comentarios. Un ejemplo claro de cuanto estamos diciendo es el de la poesía: en la medida en que tratamos y nos esforzamos por "comprenderla", por "descodificarla", desmontando conceptos y haciendo exégesis semántica, tanto menos despliega su potencialidad evocativa, su sugestión, su encanto y fascinación. "A veces es mejor ser oscuros y evocar que ser claros y definir solamente" ⁴⁹.

2. *Carácter envolvente: la fuerza de la implicación*

Por su mismo carácter evocativo, la narración afecta a la persona que narra y a quien escucha, en cuanto que entra y toca la vida de ambos y los llama a la responsabilidad y compromete a la decisión. No hay, por tanto, espacio para una posición neutral. La narración implica. Y, cuando hablamos de implicación, no estamos pensando en unas consecuencias morales para la vida práctica, sino de una implicación existencial. La persona que escucha es llamada en su existencia entera, allá donde se debate su vida. Es provocada a una toma de atención. "No deja a nadie neutro. Lo toca por dentro; establece un encuentro que modifica al hombre y a su mundo" ⁵⁰.

⁴⁸ C. Bissoli, "Andate e raccontate quello che avete visto ed udito": *Note di Pastorale Giovanile* 17 (1983) 32.

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ L. Boff, *o. c.*, 16.

El carácter implicativo de la narración se efectúa en dos niveles: en el del que narra y en el del que escucha.

Del que narra, porque "quien no se deja implicar podrá repetir fórmulas, pero no narrará la vida"⁵¹. El narrador sabe que se siente llamado y comprometido a dar no una serie de informaciones sobre Dios, sino a hacer nuevamente actual la experiencia narrada; y esto por medio de su propia experiencia narrada⁵². Sólo quien está implicado en las historias es quien está en condiciones de narrar⁵³. Y esto, por la misma naturaleza de la fe, ya que el cristianismo es "experiencia de fe" antes de ser "mensaje de fe".

El narrador está implicado en la experiencia que narra y lo expresa en el entusiasmo de su fe: no se encuentra fuera del propio relato, sino que es parte viva y activa de él. Buena expresión de esto son las palabras de san Juan: "Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida [...] os lo anunciamos..." (1 Jn 1,1-3). Podemos concluir diciendo que la implicación es premisa del narrar, porque no hay testimonio sino de aquello que uno antes ha vivido; el testimonio es también efecto del narrar, ya que toda narración está dirigida al compromiso existencial.

3. *Valor performativo*

La fuerza de la implicación en la narración no sólo afecta al narrador en la actividad de narrar y en su propia vida, sino también al que escucha.

Si antes decíamos que el narrador no se puede quedar pasivo, ahora, por el valor performativo de la narración, decimos que tampoco el que escucha puede quedar neutral. La narración es una invitación a una decisión de vida.

⁵¹ C. Molari, *a. c.*, 19.

⁵² "Todo el arte de contar está en contar a otro contándose a uno mismo" (A. Knockaert / Ch. Van Der Placke, "Le retour du conte biblique: Jonas 'à la une'": *Lumen Vitae* 47 [1982] 376).

⁵³ "No sabe narrar de amores quien no ha amado; ni de sufrimiento quien no ha conocido el dolor. Todo narrador auténtico vuelve a dar vida a la experiencia narrada, reproduce la historia, recrea el evento. Sus palabras no atañen sólo a las personas a quienes habla, sino también a sí mismo. Por esto provoca un encuentro y ofrece al que escucha una ocasión de renovación» (C. Molari, *a. c.*, 19).

La estructura lingüística de la narración, "no está dirigida a dar informaciones, sino a solicitar una decisión de vida"⁵⁴. Es el relato el que, implicando, lleva a la transformación de la existencia, a la conversión. Y esto porque el lenguaje religioso es portador de una dimensión transformadora: las narraciones son "historias que empujan al seguimiento".

Esta llamada personal a transformar la propia vida es lo que hace típicamente performativo el lenguaje narrativo y da mayor valor a la narración desde el punto de vista de la comunicación del Evangelio, que es lo que nos ocupa en este trabajo. La autenticidad de la narración está en la capacidad de convertir nuestra propia vida y la vida de otros; su fuerza está, no en la novedad de sus ideas, ni en la corrección lingüística de sus frases, sino en su profunda llamada a transformar la vida. "Cuando se es llamado a transmitir informaciones técnicas, el derecho a la palabra se mide por la competencia poseída: quien conoce lo que debe decir, puede hablar; quien no lo conoce bien, debe callar. En cambio, cuando en el centro de la comunicación está la invitación al seguimiento y al valor de la conversión, la ciencia no basta. Se requiere la pasión y la implicación personal. El derecho a la palabra no está reservado sólo a quienes saben pronunciar enunciados que describen modo correcto y preciso aquello a lo que la palabra remite. Quien ha vivido una experiencia salvífica, la cuenta a los otros"⁵⁵.

Por esto mismo, el mayor enemigo de la narración es la indiferencia, porque siempre pide una elección de vida: a favor o en contra.

4. *Carácter relacional*

Como consecuencia de las cualidades anteriores, podemos hablar del carácter relacional del lenguaje narrativo.

La narración requiere, por su misma naturaleza, una real disponibilidad y apertura: no hay relación humana verdadera si no hay escucha, acogida, ofrecimiento, reconocimiento del otro como persona, simpatía de intereses e ideales.

La capacidad evocativa de la narración es lo que permite llegar a la parte más profunda de la persona, creando así un terreno privilegiado de

⁵⁴ R. Tonelli, *o. c.*, 6.

⁵⁵ R. Tonelli / L. A. Gallo / M. Pollo, *o. c.*, 164.

encuentro interpersonal profundo, superando así la división y el aislamiento.

La narración produce una red de relaciones notablemente positiva en cuanto que es menos discriminante que la docta comunicación conceptual y científica. Una comunidad no discriminante es, por lo tanto, una comunidad que desarrolla la personalidad de cada uno. La narración respeta la libertad y la creatividad del individuo. Como un prisma de mil rostros, son invitados todos a vivir y a expresar la misma historia, y cada experiencia y cada testimonio de esa historia representa una partícula de verdad: son distintas formas de vivir la misma historia.

M. Buber, en la introducción de su obra *I racconti di Chassidin*, pone en evidencia el carácter relacional de la narración. Pone de relieve la relación que se crea entre el maestro que narra y los discípulos que escuchan. Es la misma vitalidad de la narración la que circula por el maestro y los discípulos, la que da a las relaciones su singular intensidad. La relación crea en ellos una vida en común en un intercambio recíproco de dar y recibir: "No sólo en las horas festivas de la oración en común y de la cena en común, sino también en la vida de cada día. En ferviente alegría bebe el uno a la salud del otro, cantan y danzan juntos, se narran abstrusas y consoladoras historias de milagros, pero también se ayudan entre sí y se comprometen el uno por el otro, y esta disposición recíproca viene del mismo profundo manantial de su fervor"⁵⁶.

Y refiere una "historia milagrosa" para describir narrando esta relación entre maestro y discípulos, entre el que narra y el que escucha. Dice así:

Una vez, terminado el Día del Perdón, Baalshem está profundamente afligido porque la luna no se muestra y, por esto, él no puede recitar la "bendición de la luna", que justamente en aquella hora, una hora de graves y amenazantes peligros para Israel, tendría un especial efecto salvador. En vano eleva su alma para provocar al cielo. Mientras tanto, sus discípulos, que no saben nada de esto, comienzan a danzar como todos los años en aquel tiempo, por la alegría del rito festivo realizado por su maestro, igual al que el gran sacerdote realizaba en aquella ocasión en el Templo de Jerusalén. Ellos danzan en la casa de Baalshem, primero en la estancia externa, pero en su exaltación invaden la estancia del maestro y danzan en torno a él; por fin, en el culmen del fervor, le piden que dance con ellos y lo arrastran hacia el corro. Y he aquí que la luna rompe las espesas

⁵⁶ M. Buber, *o. c.*, 19.

nubes y aparece en maravillosa pureza. Los discípulos, con su alegría, han producido aquello que el alma del maestro, tensa en el gran esfuerzo, no había conseguido⁵⁷.

IV. HACIA UNA DESCRIPCIÓN DE LA NARRACIÓN

No es nuestra intención ofrecer en este apartado una definición precisa y completa de la narración. Nos limitamos —recordando y recolectando los elementos esparcidos en las páginas anteriores— a presentar una idea general y un punto de referencia para comprender qué es la narración.

1. *La narración no es fabulación*

El narrar no es una actividad de fabulación descomprometida, la imaginación dejada a la fantasía del narrador. Se hace necesario trazar una línea de distinción entre narración y fábula, entre la Biblia y el "Érase una vez..." de la fábula. Y aun sabiendo que la narración bíblica no es un reportaje ni una descripción exacta de los hechos, la narración bíblica hace siempre referencia a un acontecimiento, a un evento salvífico acaecido en la historia, que es capaz de dar vida y esperanza; y lo que la narración pretende, haciendo referencia a los acontecimientos de la fe sucedidos en la historia, es extraer y ofrecer el significado y el mensaje de ese acontecimiento, presentado tal vez en un lenguaje imaginario, como es el de la parábola.

La narración bíblica no es una fábula, puesto que en la Biblia, a diferencia de la fábula, es Dios (Jesús) el personaje principal. En segundo lugar, la narración bíblica se desarrolla dentro de coordenadas espacio-temporales bien identificables. En tercer lugar, las narraciones bíblicas no son meras narraciones de hechos, sino relatos que hay que creer y confesar. Ante una posible confusión e identificación entre narración y fábula, declaramos con fuerza: "Quien evangeliza narrando no puede narrar fábulas edificantes: no sirven en absoluto para hacer nacer fe y esperanza"⁵⁸.

⁵⁷ *Ibíd.*

⁵⁸ R. Tonelli / L. A. Gallo / M. Pollo, *o. c.*, 170.

Lo cual no quiere decir desconocer el valor que tiene la fábula en la catequesis desde el punto de vista pedagógico. En los momentos en que la misma vida resulta poca generosa en oportunidades para narrar, el uso de la fábula puede servir en la catequesis para ciertos fines y momentos; además, la fábula puede hacer de preparación para la narración bíblica, que es lo que más importa en la catequesis.

2. No mera información de los hechos, sino actualización de los acontecimientos narrados

La narración se distingue netamente de la descripción, del informe. La descripción da informaciones, pero sin tocarnos a nosotros mismos, nos deja fríos y lejanos de las cosas contadas. La información se caracteriza como una concatenación, a modo de crónica, de datos y hechos, y tiene por fin hacer conocer lo que ha ocurrido. La narración, por el contrario, sin negar la base histórica, no se queda jamás en la pura referencia de los hechos sino que pretende ir siempre mucho más allá: quiere mostrar la profundidad vital y la actualidad de lo narrado.

La narración pretende establecer una contemporaneidad entre el que narra y el que escucha. A este respecto, podemos referir la parábola que el profeta Natán contó al rey David después de que el rey se había aprovechado de la mujer de Urías el hitita y había decretado la muerte de éste (cf. 2 Sm 12,1-15). A través de la narración parabólica, el rey David se percató de su situación personal, fruto de un acto de prepotencia. A través de la narración que escucha cae en la cuenta de que es su propia historia la que se está narrando. Ése es el poder actualizante de la narración: hace participar en una dimensión de vida; o, mejor dicho, la narración adquiere una nueva vida en el momento en que se narra.

3. Testimonio de una experiencia que suscita nuevas experiencias

La fe cristiana, ya desde sus comienzos, es testimonio y narración de experiencias. Juan el Bautista, mientras estaba en la cárcel, oyó contar de labios de sus discípulos lo que había hecho Jesús. Llamó entonces a dos de ellos y les mandó a preguntar al mismo Jesús: "¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?" [...]. Jesús respondió a los mensajeros de Juan: "Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído" (Lc 7,18-19.22). Quien narra sabe ser competente en narrar sólo porque ya ha sido salvado

por la historia que narra; la experiencia vivida le da el derecho y la fuerza para continuar narrando; invita y compromete a otros en lo que ha vivido en primera persona. Su palabra es, por lo tanto, un testimonio, y la historia que relata ya es de algún modo su propia historia.

Esta experiencia testimoniada es capaz de suscitar otras tantas experiencias en los que escuchan, por medio de miles alusiones que se refieren a la misma experiencia del destinatario. La experiencia de la narración no sólo es experiencia narrada, sino que también implica la experiencia del que escucha.

4. *Con finalidad salvífica*

Las narraciones de fe están orientadas al testimonio salvífico, son hechas para que los hombres acojan y reciban en su propia vida el mensaje del Reino.

Efectivamente, el mensaje que nace de la narración evangélica da razones para creer y esperar; es capaz de conferir significado a la vida: un significado que se encuentra en la medida en que somos llamados y solicitados a ponernos de parte de la vida. Por ello la narración no es cuestión de dar información fría e impersonal, sino de ofrecer significado para vivir.

Además, la narración tiene una finalidad salvífica por su capacidad de producir también hoy el evento de salvación. Nos ayuda a comprender esto mejor si nos situamos ante la concepción hebrea de la palabra, que es algo más que un medio para comunicar la idea. Es el vehículo que transmite una fuerza. La mentalidad semítica concibe la palabra como realidad viviente que tiene en sí misma potencia, actividad, movimiento, dinamismo y potencia creadora.

Hay una cuestión que no queremos eludir, aun sabiendo que no disponemos de espacio para abordarla. Somos conscientes de que al apelar a la fuerza subjetiva, implicativa, existencial y performativa de la narración, podemos caer en un subjetivismo miope que nos haría desembocar en una traición a la verdad histórica y a la objetividad de los hechos.

Para evitar esto, se hace necesario distinguir entre sinceridad y verdad de la narración. La sinceridad está de parte del sujeto: éste expone lo que él advierte como verdadero, los pensamientos que ha tenido, sus reacciones. Es, en definitiva, presentar fielmente el propio modo de ver la realidad, su actitud existencial hacia el objeto. En cambio, la verdad está

de parte del objeto: verdad es adecuarse al objeto sin deformaciones ni limitaciones⁵⁹.

Lo que se pide en la narración es una búsqueda sincera de la verdad; no basta sinceridad en el que testimonia; se requiere un esfuerzo por narrar de acuerdo con la verdad.

V. NARRAR LA SALVACIÓN

El rescatar y avivar el uso de la narración en la catequesis ha sido pensado por nosotros en una constante y fiel referencia a la historia de la salvación, en particular al acontecimiento salvífico que es la persona y la vida de Jesús de Nazaret, manifestación plena y definitiva del amor de Dios al hombre.

A nuestro modo de ver, narrar la salvación conlleva dos exigencias. La primera es mirar hacia atrás; la segunda, mirar al presente y al futuro. Narrar la salvación es saber que Dios ha obrado y obra. Son dos tiempos verbales que conforman dos exigencias irrenunciables para una correcta narración de la salvación.

1. *La narración de una historia: salvación narrada*

Si atendemos a la primera exigencia, decimos que nuestra salvación no nace en un vacío histórico, sino que está enraizada en un segmento verificable de la historia, del tiempo y del espacio; y este momento histórico se constituye en normativo para cuantos quieren narrar la salvación cristiana. Ésta es una exigencia de capital importancia en el tema que estamos tratando, pues no podemos narrar jamás la salvación si no fundamentamos nuestra narración en el acontecimiento salvador del Señor Jesús. En palabras de Juan Alfaro: "Si el evento de Cristo no es real *en sí mismo*, tampoco es real *para mí* y no me es posible vivirlo como real"⁶⁰.

Es necesario, por tanto, conocer los hechos de la salvación, y porque el narrador los conoce y se siente envuelto en ellos, invita a los demás a

⁵⁹ Cf. C. Molari, "La narrazione: una oggettività misurata sul soggetto": *Note di Pastorale Giovanile* 17 (1983) 11.

⁶⁰ J. Alfaro, "Fe", en K. Rahner / J. Alfaro et al., *Sacramentum Mundi* III (Barcelona, Herder, 1973) 109.

participar en los mismos. Sin embargo, lo que salva a otros no es la fuerza y la pasión entusiasta con que el profeta narra, sino la narración de "hechos salvíficos" ocurridos en la historia. Éstos son los que salvan, los que son capaces de engendrar fe y esperanza, y en el recuerdo de estos hechos el narrador los revive y los propone como acontecimientos salvíficos, los proclama como fuente única y definitiva de la salvación.

2. *Una historia que nos salva: narración salvífica*

Pero cuidado: mirar hacia atrás para ver el origen de nuestra salvación no tiene por objeto quedarse anclados en el pasado como si se tratara de un objeto de museo, sino descubrir el dinamismo de la fuerza salvadora de Dios que se realiza continuamente en la historia.

"Hacer memoria" es poder rastrear en el pasado las razones del presente y, por tanto, cumplir las promesas. Por esto mismo, la invitación a narrar hechos salvíficos no se resuelve en la preocupación de narrar sólo eventos de la "historia sagrada", sino que, al reconocer la sacramentalidad salvífica de la misma vida cotidiana, nuestra historia sigue siendo historia de salvación, lugar donde Dios muestra su fuerza y poder en favor de la Vida. Estas acciones de Dios en nuestra vida son las que hacen de nuestra historia una historia "santa", es decir, "empapada" y traspasada por la presencia de Dios. Por esto, narrar la historia salvífica de Jesús es producir hoy las "cosas maravillosas" que realizaba Jesús.

3. *Narrar la salvación: entre evento e interpretación*

A la hora de narrar la salvación hay que tener en cuenta dos elementos: evento e interpretación, historia y fe, porque la fe cristiana es esencialmente una fe histórica. Una prueba de esto la tenemos en los mismos evangelios, que son interpretaciones del evento de Jesús, anuncio del acontecimiento que les ha afectado en sus vidas. Así la narración de los evangelios es la interpretación de quienes han vivido las experiencias narradas. Y esta interpretación del evento acaecido entre ellos está inspirada por el Espíritu de Dios, ya que las palabras atribuidas a Dios son siempre palabras humanas que interpretan los acontecimientos suscitados por la potencia divina. "Es en definitiva la ley de la Encarnación, que se puede expresar así: la acción de Dios no es eficaz en la historia humana si no llega a ser acción de hombres: la palabra de Dios es silencio hasta

que no resuena en palabras humanas; la presencia de Dios es irrelevante hasta que no se hace carne" ⁶¹.

Es este juego entre evento e interpretación el que queremos poner de relieve, ya que el evento siempre e inevitablemente se hace comunicable en su interpretación, aunque no coincida totalmente ni se reduzca a ella.

El narrador reconoce siempre la limitación de su interpretación del evento, porque éste se supera a sí mismo. Aunque parcial y provisional, él sabe también que su interpretación es acontecimiento salvífico porque actualiza un evento de salvación; apunta y camina hacia una verdad que va más allá de las expresiones lingüísticas e históricas ⁶².

4. *La narración como mediación entre salvación e historia: sentido teológico de la narración*

En el número de la revista *Concilium* citado anteriormente, el profesor Metz dedica un apartado al sentido teológico de la narración. En él queda clara su búsqueda de un lenguaje de redención, una búsqueda enmarcada en el contexto de una teología política como forma de una moderna fe responsable.

Rechaza el autor la concepción teológica que mantiene la distinción "la predicación narra, la teología argumenta". "Nos parece —dice— demasiado superficial e ingenua y suprime además la honda estructura narrativa de la teología" ⁶³. Y es frente a esta concepción ingenua de teología como pretende abordar el tema del sentido teológico de la narración. Para comenzar, abre un interrogante en el cual se debate la teología sistemática actual: ¿cómo podemos situar en mutua relación la salvación y la existencia humana sin una reducción y acortamiento por ambas partes? La historia humana es la historia del sufrimiento, la experiencia de la realidad en contradicción y conflicto con la no identidad, con la división; a causa del poder y la opresión, de la injusticia y de la desigualdad, de la no identidad en la culpa y en el destino de la finitud y de la muerte. Por otra

⁶¹ C. Molari, "Una lettura esistenziale della Bibbia come 'evento narrativo': *Note di Pastorale Giovanile* 23 (1989) 150.

⁶² Cf. *ibíd.*

⁶³ J. B. Metz, *a. c.*, 230.

parte, la salvación en sentido teológico afirma la reconciliación de estas contradicciones y conflictos por medio de la acción de Dios en Jesucristo.

Pues bien, frente a esta historia humana de sufrimiento, el lenguaje teológico sobre la salvación y la redención, ¿no estaría sustrayendo de antemano al hombre del sufrimiento, de la no identidad propia de la existencia histórica? Y por este camino, ¿no vendrá la teología a desembocar finalmente en un cinismo histórico objetivo? Llegado a este punto, el autor se pregunta si existe una "mediación teológica" entre la salvación y la historia, sin que haya una reconciliación engañosa con la historia del sufrimiento o sin eliminar la historia misma de salvación, compuesta también de sufrimiento. Es en la respuesta a esta pregunta donde se desmonta y fracasa toda teología puramente argumentativa.

En la solución del interrogante, encuentra Metz una sola respuesta: una teología rememorativa y narrativa, porque ésta es la que ofrece la posibilidad de expresar la salvación en la historia, que es siempre historia de sufrimiento, sin afirmar por ello una mutua reducción.

El recuerdo narrativo no condiciona ni suspende la historia de la salvación, ni tampoco ignora o supera dialécticamente la no identidad de la historia del sufrimiento.

Con esta respuesta al interrogante inicial, el autor aboga por una relativización de una teología argumentativa, "relativización que ejerce, en primer lugar, una función de salvaguardia del recuerdo narrativo de la salvación en nuestro mundo científico, poniéndolo en juego críticamente en una interrupción argumentativa, y orientando de forma constante y siempre nueva a la teología hacia una narración, sin la cual la experiencia de la salvación quedaría enmudecida" ⁶⁴.

V. CONCLUSIÓN

Al final de nuestro trabajo creemos estar en condiciones de poder espigar unas cuantas conclusiones de carácter general que atañen a la narración y, más concretamente, al deber catequético-pastoral de narrar la salvación.

⁶⁴ *Ibíd.*, 235.

1. *Narrar la salvación* supone, ante todo, hacer "memoria" de la intervención salvadora de Dios en la vida de los hombres. Para hablar de Dios es preciso descubrir las huellas de su presencia y actuación en los caminos de la historia; por eso, sólo en la perspectiva de la "memoria" es posible recuperar todo el espesor del misterio de Dios y de la salvación cristiana; ya estos acontecimientos de Dios en la historia son portadores de salvación y, por lo mismo, razón constitutiva de la fuerza salvífica de la narración. Quiere todo esto decir que, más allá del testimonio y las palabras interpretativas del evangelizador y del catequista, están los eventos narrados, que son los únicos capaces de dar y engendrar fe y esperanza. El objeto de la fe no es la narración sino el evento narrado.

2. *Narrar la salvación* exige la vida y el testimonio del narrador o de la comunidad narrante para que su experiencia llegue a ser mensaje para otros. Es necesario comunicar experiencias portadoras de salvación. Lo que ha sido primeramente experiencia de fe en el narrador se ha convertido en testimonio y mensaje de fe para el destinatario. Por ello, el catequista y evangelizador, al narrar la salvación, se saben llamados y comprometidos no a ofrecer una serie de informaciones sobre Dios, sino a actualizar la experiencia salvífica que narran por medio de su testimonio. Narrar es testimoniar, es tomar parte.

3. *Narrar la salvación* requiere también la participación del destinatario; ella trata de implicar la experiencia del que escucha para suscitar y provocar fe y esperanza en su propia vida. La finalidad de la narración es salvífica, trata de ofrecer significado para vivir, razones para creer y esperar. Esto sucede cuando el mensaje de la narración interpela la vida de los destinatarios y quiere responder a las preguntas profundas de la gente.

4. *Narrar la salvación* es dar en la catequesis y en la evangelización con un modelo comunicativo capaz de hacer resonar las palabras de Jesús todavía como "buena noticia". Si las palabras que se emplean son significativas, portadoras de sentido para la vida y la existencia de los destinatarios, si al escuchar la narración el destinatario se siente acogido y "abrazado" por el mensaje que resuena y llega a provocar una conversión y elección de vida, poniendo por obra lo que ha sido narrado, ello significa que la narración de la salvación se ha convertido en narración salvífica.

5. Todo esto no llegaría a cumplirse sin un mínimo de exigencia lingüística y literaria. La narración tiene un estilo hecho de sobriedad, claridad y transparencia, de espontáneas y continuas interpretaciones del mensaje-contenido; su lenguaje es breve, simple y animado poéticamente. No es fabuloso, ni meramente informativo, sino que trata de evocar en el interior del interlocutor, hasta hacer que este perciba la salvación de Dios en su propia vida. He ahí la finalidad que persigue la narración: comunicar vida, acogerla como don precioso y amoroso de Dios, donde él se manifiesta salvando.